



Tradiciones

«España no puede ahora retirarse de Marruecos, pues eso equivaldría a confesar su impotencia y renunciar para siempre a su papel en el concierto de las grandes potencias mediterráneas y europeas.» Así dicen ciertos sujetos — ¡y tan sujetos! — a quienes ahora parece haberseles despertado la conciencia española de internacionalidad, y que son los mismos que hace cinco ó seis años defendían la neutralidad a todo trance y costa. ¿Se acuerdan ustedes?

¿Se acuerdan ustedes de cuando se dijo que los aliados pedían a España que guarneciese la costa Norte de Africa Occidental, permitiéndole así a Francia disponer de sus tropas de Marruecos y Argelia y que el pago de eso sería la extensión de nuestro protectorado, incluyendo a Tánger, y acaso acaso el rescate de Gibraltar? Pero entonces eso pareció una locura a los susodichos sujetos, que estaban seguros — ¡profeta el Mella! — del total y definitivo y completo triunfo de los ejércitos de los dos kaiseres y sus secuaces. Tánger y Gibraltar y «cainda mais» — esto es portugués — había de venir a España, pero por otro conducto y recibido de otras y más generosas manos. Así lo anunciaba el profeta apocalíptico del tradicionalismo rancio.

Ese Tánger, ungido con la sangre del santo infante portugués don Fernando, el que tras largo martirio de cautiverio murió el 5 de julio de 1443; ese Tánger, cuya tradición cristiana y europea es portuguesa; ese Tánger había de venir a formar parte del florón del Reino de España, el ex futuro viceimperio ibérico, por mano de los que meditaban quedarse con las colonias portuguesas, entregando la metrópoli al viceimperio. Y el Reino de España, ¡es claro!, se mantuvo en su neutralidad a todo trance y costa, y la pobre República de Portugal tuvo que ir a la guerra. ¿A qué? «A defender nuestra independencia!» — decían los portugueses provistos de conciencia de internacionalidad.

La historia del desgraciado infante don Fernando puede leerse en una maravillosa crónica portuguesa del siglo XV, escrita por F. Juan Alvarez, secretario que fué del mismo infante, y luego en el capítulo VIII del muy-maravilloso libro de J. P. Oliveira Martins «Os filhos de Don Joao I». ¡Admirabilísimo relato el de aquel desastre de los portugueses en Marruecos! ¡Y qué de actualidad hoy y aquí! ¡Y qué de tradición!

Pero dejémonos de estas tradiciones portuguesas de Tánger y vengamos a la triste realidad presente, que sería tradición mañana y tradición de tradicionalistas, que es lo peor. Lo es ya hoy.

Esos tradicionalistas, que están siempre fraguando la leyenda negra de mañana, la tradición ominosa, habríanse desatado en denuestos, como energúmenos, en 1915 si el reino de España se hubiese puesto a preparar entonces el esfuerzo que ahora piden de él. «Pero es que entonces no habría sido desquite...» — se nos dirá. — No, el desquite estaba entonces encomendado a otras manos. Aquí no había más que esperar. Y hubo quienes se juntaron con unos u otros pretextos especiosos, pero en realidad para impedir que se rompiera la expectante neutralidad a todo trance y costa. Ponerse contra el kaiser y su invencible ejército! Porque el ejército del kaiser era invencible por definición, como aquella Armada que desde el Escorial armó Felipe II — ¡el Prudente! — y que entregó al mamarracho Medina Sidonia... ¡un noble! ¡De título, claro!

Cuando supo el Habsburgo del Escorial la derrota de la Armada Invencible — invencible por definición, como los ejércitos del kaiser de Alemania, — dicen que exclamó: «Yo no la había enviado a pelear contra los elementos!» Y él, el piadosísimo monarca absoluto, no se acordó de la Providencia ni de aquello de «fiate in la Virgen y no corras». Que se pudiera decir también: «Fiate en Santiago Matamoros y no corras!» Sobre todo en el día de su santo. Sólo que a lo mejor Santiago Matamoros resulta, y en el día de su fiesta precisamente, otro... ¡elemento! Algo así como un meteoro bélico, un caso fortuito.

Felipe II no era un botarate, no, nada de eso; pero le cegaba el fanatismo de la Contra-Reforma y se imaginaba acaso que Dios Nuestro Señor, el que arma las tempestades y las aplaca, era su ministro en los cielos. Y Medina Sidonia no sabía, como sabía el hereje Drake, aprovecharse de las tormentas y de los elementos. No, Felipe II no era un botarate ni un señorito deportivo y aficionado a la política internacional, que va y viene y vuelve y se revuelve como una ardilla para aquietar una comezón de vacuidad íntima, que se satisface mejor con el juego de azar. Y Felipe II era un rey absoluto y que no toleró validos.

Miguel DE UNAMUNO.

